

Las armas y las letras

Andrés Trapiello

LITERATURA Y GUERRA CIVIL
(1936 - 1939)



Las armas y las letras es una mirada libre, minuciosa y completa sobre la literatura en la guerra civil española. Desfilan por estas páginas cientos de escritores en amenísimas y agudas semblanzas, el célebre y el desconocido, el audaz y el cobarde, el perseguido y el perseguidor, el activista y el silencioso o silenciado, el viejo y el joven, todos buscando para sí y para su tiempo una salvación que no siempre fue posible. Tratado de armas y de letras, pero sobre todo libro que cambió alguno de los prejuicios que más habían oxidado la literatura española. Andrés Trapiello consiguió darnos lo mejor de aquellos años en una historia que muchos leyeron y leerán como una apasionante novela, pero que es, además, una mirada tan veraz como misericordiosa, y tan necesaria como imprescindible.

... las armas y las letras.

Quijote, I, 38

Cuando los hombres acuden a las armas, la retórica ha terminado su misión. Porque ya no se trata de convencer, sino de vencer y abatir al adversario. Sin embargo, no hay guerra sin retórica. Y lo característico de la retórica guerrera consiste en ser ella la misma para los dos beligerantes, como si ambos comulgasen en las mismas razones y hubiesen llegado a un previo acuerdo sobre las mismas verdades. De aquí deducía mi maestro la irracionalidad de la guerra, por un lado, y de la retórica, por otro.

Juan de Mairena, 1937

Agradecimientos

Por sus consejos, sus préstamos y su paciencia, aparte de por su mucho saber, quiero poner aquí, a fin de que queden junto al mío y al de otros vivos y difuntos, los nombres de quienes trajeron a estas páginas un poco de concordia y buen sentido cuando me veían, estos últimos meses, pegarle desaforadas cuchilladas a los viejos odres de la erudición, la literatura y la crítica: Juan Manuel Bonet, Manuel Borrás, Rafael Borrás, Rafael García-Ormaechea, Ramón Gaya, Félix Grande, Abelardo Linares, Antonio Martínez Sarrión, Miriam Moreno, José Muñoz Millanes, Carlos Pujol y Enrique Selva. El lector debe atribuirles los méritos, si acaso los hay en estas páginas, e imputarme los marros que puedan estorbarles el camino.

Y a quien venga a este solar con la bayoneta calada, aclararle que no hay para tanto. Y que sangre pasada no mueva molino. Sea.

Prólogo

I

Es difícil hablar de cien escritores y dar opiniones de cada uno de ellos y de sus libros, y esperar que todos los lectores se muestren de acuerdo enteramente con uno. O evitar que se embosquen los pequeños errores. Eso es un sueño irrealizable, pero no, en literatura y en la vida, defender al débil de los fuertes, y a los fuertes y poderosos, de sí mismos.

Nuestro más admirable caballero, el de la Triste Figura, ¿fue un perdedor o un vencedor? Nadie puede dar, me parece a mí, una respuesta convincente a esta pregunta. Se puede escribir un libro sobre la cuestión; ahora, una respuesta clara y terminante no la hay.

Dicen, quienes pisaron los campos de batalla, desde el Stendhal de las campañas napoleónicas al Martin du Gard de Les Thibault, de Homero a Jünger, que los hombres, en las guerras, sacan de sí lo más valioso o lo más mezquino y degradante.

La literatura política de los años treinta, leída hoy, resulta en general imposible de digerir. Es raro que nadie pueda leer con gusto ni las lucubraciones de Ledesma Ramos ni las exaltaciones fascistas de Giménez Caballero o los dis-

cursos de Sánchez Mazas. De Laín o Tovar y sus arrequives y *vol au vents* nacionalsindicalistas ya ni hablamos.

Las crónicas de alguien como Arconada o Herrera Petere, de un sentimentalismo abusivo, cuesta leerlas, y aquellos versos en los que se celebraba «al padrecito Stalin» o el caviar que todos los obreros comen en la Unión Soviética, hoy se entenderían mal.

Un libro que tratara sólo de la literatura que se escribió durante esos tres años de guerra sería seguramente un libro corto y sin interés. Vieron la luz miles de páginas, pero la mayor parte de lo que se publicó entonces entra dentro del apartado de la agitación y la propaganda.

Si no se es un fanático, en las guerras, en las revoluciones incluso, es difícil creer, y menos en las degollinas de las guillotinas, que habría dicho un bohemio modernista. Ahora bien, en la historia se dan, de vez en cuando, circunstancias de sugestión colectiva en las que los pueblos en masa empiezan no sólo a desear, sino a reclamar de sus jefes, políticos o religiosos, la guerra y la revolución.

Tampoco podría nadie explicar el porqué de estos entusiasmos prebélicos o prerrevolucionarios, ni lo pueden dilucidar los mil tratados escritos al respecto.

Ridruejo, en su *Escrito en España*, hizo un análisis bastante objetivo de julio de 1936: «La guerra era un hecho terminante frente al que no cabían matices: aceptarla o marcharse y en la mayor parte de los casos simplemente aceptarla o sufrirla». Sin embargo, esta frase no cubre toda la responsabilidad moral: es lógico que quienes aceptaron la guerra, la sufrieran, pero ¿los que no la aceptaban? Sería algo así como subvenir a los gastos de una ceremonia a la que no se ha sido invitado.

II

Todo lo que concierne a un escritor y a su vida suele ayudarnos a comprender mejor su obra. Hace unos años circularon por Madrid unas cuantas cartas de Gómez de la Serna dirigidas a Giménez Caballero, extremadamente fascistas. Una de ellas es de noviembre de 1939 y se encabeza con un ¡Arriba España!, y una banderita pintada por el propio Ramón: «Sigo la vida de España en una perspectiva de adorador ferviente. Todas las torres están más en pie que nunca. ¡Feliz paisaje! Nuestro Madrid sé que ha vuelto a ser el que queríamos, el que nos habían deformado y que sentíamos esa deformación dolorosa e íntima, como si nos hubiese dado una parálisis infantil retrospectiva, algo así de incongruente y grave (...). Tiene usted mi aquiescencia para reunir como quiera las páginas nacionales de mi obra literaria [seguramente para continuar la serie que Giménez Caballero había empezado con Baroja en aquella tergiversación irresponsable que tituló Comunistas, judíos y demás ralea]. Nada me enorgullecerá ni me emocionará más. Con Sánchez Mazas, con José María Alfaro, con Manuel Aznar estoy gestionando hace meses un puesto en el periodismo madrileño. Lo necesito con urgencia, porque soy el más naufrago de todos, ya que aquí sólo viven los que se unieron a lo otro, a lo nefasto, para que su vida resultase fácil. De no llegar eso me ahogaré el primero de año». Etcétera. Estas cartas siguen inéditas. Cuando se publiquen, si se publican, no favorecerán la difusión de la obra del extraordinario escritor que fue Ramón ni ganará para él nuevos admiradores. Su ocultación, en cambio, sería algo así como engañar en el peso o sisar en el cambio, al amparo de la penumbra o de la buena fe. Fue Lorenzo Villalonga quien dijo, a propósito también de la guerra: «Creo que es mejor no hablar de estas cosas, aunque quizá sea peor el olvidarlas».

Hasta donde pueda uno, es gran virtud la de ser comprensivo con los malos pasos, y entre negarlos o sacarlos a plaza pública suele haber algo intermedio: aceptarlos con naturalidad, sin hipocresía y sin cinismo.

Es conocido el poema en el que Alberti nos describe los palacios saqueados al comienzo de la guerra: «¡Palacios, bibliotecas! Estos libros tirados / que la yerba arrasada recibe y no comprende, / (...) estos inesperados / retratos familiares / en donde los varones de la casa, vestidos / los más innecesarios jaeces militares, / nos contemplan partidos, / sucios, pisoteados, / con ese inexpresable gesto fijo y oscuro / del que al nacer ya lleva contra su espalda el muro / de los ejecutados». En una entrevista que publicó el ABC, el 18 de septiembre del año 36, en la que habla del palacio de los Heredia Spínola, en la calle del Marqués del Duero, a donde la guerra le llevó a vivir, Alberti nos habla de los libros que encontraron en sus habitaciones particulares: «Los más recientes de "El Caballero Audaz", Ramón Martínez de la Riva y otros escritores monarquizantes». El primero, como es sabido, fue un notorio panfletista con escaso talento literario. El segundo, un periodista sin brillo de ABC; el primero agitó durante la guerra y después de ella con escritos furiosos contra la República; del segundo, al que fusilaron en Madrid por esos días, poco más se sabe, aunque sí lo bastante como para no justificar que se quemaran sus libros, pues, de algún modo, quien quemaba los de «El Caballero Audaz», podría estar justificando a quienes quemaron, durante los siguientes cuarenta años, los del propio Rafael Alberti. Pues es con los libros, buenos y malos, con lo que los Quijotes hacen sus vidas y los Cervantes su literatura, y esto no tiene vuelta de hoja.

III

Los límites temporales de este ensayo se establecen en el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939.

Un libro como éste, no obstante, es como un cesto de cerezas, del que es imposible sacar una sin que ésa arrastre tras de sí otras que a su vez se enzarzarán con dos o tres más, y así sucesivamente.

Tal vez a algunos autores se les dedique mucho espacio y muy poco a otros. Los novelistas sociales están peor representados aquí que Baroja o Unamuno, lo que sería explicable, pero Pedro Luis de Gálvez mucho mejor que Madariaga, por ejemplo, lo cual no lo sería tanto. Se le concede más espacio a un escritor como Risco, gris y anónimo en su provincia, que a Pemán, cuya importancia en aquellos años fue infinitamente superior, y algunos, como Wenceslao Fernández Flórez o Sánchez Albornoz, únicamente se asoman como si se hubiesen equivocado de puerta; otros, desgraciadamente, ni siquiera asoman...

Éste no es un libro de historia. Si hubiese sabido uno hacer un libro de historia, lo habría hecho.

Si hubiese sabido escribir un libro de crítica literaria, me habría puesto a ello con entusiasmo. Al fin y al cabo lo que lleva una fecha se recuerda, aunque haya muerto. En cambio lo que no es de ayer ni de mañana, y está vivo, se olvida, porque la gente piensa que lo que no es de ayer ni de mañana, tampoco es de hoy. Para ser un libro de historia le faltan fechas; para serlo de crítica, una visión de conjunto y maneras que no tiene. Quizá, como la literatura, sólo sea un híbrido.

Suele ser habitual considerar que las cosas son porque han sucedido, dándole a la existencia sentido de valencia y, además, de utilidad. En pocas palabras: en la medida que son, historia; en la medida que valen, crítica.

La óptica de la guerra, y su desenlace, sin embargo, trocó no pocas de las visiones sobre obras y personas, desenfocándolas a veces por hipermetropía, y otras, por miopía.

En 1940 Juan Ramón Jiménez escribió una carta al director de la mexicana editorial Séneca, José Bergamín, a propósito de una antología de poesía que esta casa preparaba de la obra del primero, y a propósito también de las poesías completas de Antonio Machado, que ya había sacado a la luz.

Sobre la edición de estas últimas dice J. R. J.: «Me permito algunas observaciones sobre el prólogo del editor: prologar una obra escrita casi en su totalidad antes de cualquier circunstancia social, por grave que ésta sea, y destacar casi exclusivamente esa circunstancia y su relación con la obra, es relegar casi totalmente también esta obra a un segundo plano, del mismo modo que ocurriría con una vida. No me parece acertado decir que Antonio Machado vivía antes de la guerra en cuartuchos pequeños, en los que vivían tantos que como él arrastraban su vida española; y que sólo la guerra y la muerte le ofrecían el palacio y los jardines en que él hubiera querido o debido vivir siempre (para llevárselo más a gusto de él). Esto, conociendo a Antonio Machado, tan poco necesitado de suntuosidades, me parece injusto, ligero, y más en las condiciones que traía a todos y a él una guerra de injusticia social».

El peligro, pues, como nos advierte J. R. J. muy oportunamente, es decir que se habla de poesía y literatura, y largar de costadillo el gato de la política.

En la literatura española de este siglo existen dos títulos fascinantes. Uno es de Mourlane Michelena, *El arte de repensar los lugares comunes*. El otro, del menorquín Mario Verdaguer: *Un intelectual y su carcoma*. Ambos imantan un mismo centro: la obligación moral del escritor de transitar todos los caminos de la literatura, incluidos aquellos interceptados por un «prohibido el paso». El escritor, como la carcoma, roe sin descanso una oscura materia, hasta que

logra abrir esa pequeña tronera desde la cual se contempla la bóveda celeste.

Los escritores, mejor, sus obras, son los lugares comunes de este libro nuestro. No hay que evitarlos. Los cancerberos de los lugares comunes son los prejuicios. Basta, pues, con repensarlos y abrir en el seco vigamen de su literatura esa silenciosa galería que le remonta a uno a las estrellas, vivas o muertas, pero todas con una luz muy conveniente y exclusiva.

Capítulo primero

... un poco largo, en el que se encontrarán unas cuantas ideas generales sobre los viejos de la generación del 98, la avilantez de los jóvenes, La Gaceta Literaria y la relatividad de casi todo, expresadas unas veces con sencillez, y otras, no tanto.

Los antecedentes de la guerra civil se buscan en la República, en los últimos años de la monarquía y en la Dictadura de Primo de Rivera, pero los males que la guerra pretendía erradicar se encuentran en España desde mucho antes, quizá desde el 98: el problema del agro español, que condenaba al hambre a miles de familias; un ejército sin imperio, cuya numerosa y excesiva oficialidad jamás ocultó su afición a los pronunciamientos decimonónicos; una organización centralista del Estado insensible a las aspiraciones de gallegos, vascos y catalanes...

En un primer momento se pensó que la República, recibida con entusiasmo por la mayor parte de la sociedad española, iba a sajar, drenar y limpiar todos estos viejos abscesos, pero las reformas resultaron tímidas, y sólo cuando la presión de los sindicatos obreros anarquistas y socialistas y muchas de sus justas aspiraciones se dejaron sentir, el sindicato de intereses representado por los financieros catalanes, los industriales vascos, los terratenientes andaluces y extremeños y una parte principal del ejército pasó a la ofensiva. Primero con Sanjurjo, luego, a través de la CEDA y Lerroux, de 1933 a 1935, luego, de Gil Robles y, por últi-

mo, del más radical y violento de los políticos de la derecha, Calvo Sotelo. Cuando tal sindicato de intereses comprendió que tampoco la vía parlamentaria garantizaba sus derechos y privilegios, se decidió por la sublevación militar. Si a esto unimos la cuestión religiosa que dividió al país (en parte por una insensata política de la República, que secularizó innecesariamente los cementerios, firmó la disolución de la Compañía de Jesús o asistió pasiva a la quema de iglesias y conventos), tendremos configurados los dos bandos que se habrían de enfrentar durante tres años en las trincheras.

Desde la Revolución de octubre en Asturias y la declaración de independencia de Cataluña, ambos sucesos ocurridos en 1934, era raro encontrar a un solo español que no pensara, en primer lugar, que los problemas de España fuesen gravísimos y exigiesen una solución inaplazable; y, en segundo, que tales problemas pudiesen resolverse, llegados a un punto, por otro método expeditivo que no fuese el de las armas.

Así estalló la guerra civil más anunciada de toda nuestra historia.

Los escritores, como el resto de la sociedad, se dividieron, y ni siquiera fue a partir de la proclamación de la República, en 1931. Nunca estuvo un país tan unido como España en 1931. Fue algo más tarde. Desde luego a partir de 1934. Los que no lo eran ya, se hicieron de izquierdas, otros de derechas y otros trataron denodadamente de no tomar partido por unos ni por otros, pero fueron desbordados por los acontecimientos, como se verá.

España había conocido en los últimos cuarenta años guerras y campañas contra los patriotas moros, contra los patriotas cubanos y contra los patriotas filipinos; en ninguna de estas guerras mostró tan furioso entusiasmo, sin embargo, como en la que sostuvo contra sí misma, contra su propio patriotismo.

Existe un librito del escritor Juan Benet sobre la guerra civil española. Pese a alguna equivocación o inexactitud (cree un éxito republicano la campaña del Ebro o hace morir a Unamuno junto a una chimenea, lo que sería lógico en un anglófilo, pero no en un castizo como el rector, amante de la mesa camilla y el brasero de cisco), pese a ello, es una guía práctica para conocer los movimientos bélicos de la contienda, así como las razones políticas que Benet, de manera abreviada, expone al lector con el fin de encamilarle a una mejor comprensión de todo aquello.

Entre las opiniones de Benet hay una que es sumamente interesante. Está tomada, supongo, de *The Grand Camouflage*, de Burnett Bolloten; según esa plausible interpretación, la guerra civil española es la primera y única en la historia que es consecuencia de dos revoluciones de signo contrario que se desarrollan al mismo tiempo y con idéntica determinación de victoria y violencia: el movimiento fascista nacionalsindicalista y la revolución popular, de corte socialista, anarcosindicalista, trotskista o comunista, según las zonas.

En el bando fascista el frente ideológico cerró filas, a los pocos meses de empezada la guerra, por el método más expeditivo que se conozca: el golpe de Estado; así entienden hoy todos los historiadores el Decreto de Unificación de abril de 1937 por el que se creaba un partido único de falangistas, renovadores monárquicos, requetés carlistas, antiguos cedistas y fajistas de vario espectro, en cuya cúspide política se aposentó, cómodamente, el jefe que ocupaba ya el mando militar.

En el republicano, por el contrario, al tiempo que el frente militar iba acortándose, a causa de derrotas y claudicaciones, el ideológico padecía la sangría permanente de unos partidos divididos. A unos les favoreció en la guerra la dictadura brutal y a los otros, en cambio, les perjudicó para ganarla el sistema democrático por el que luchaban y en el que creían, pese a su deterioro y merma.

Los escritores fueron, en cierto modo, reflejo de lo que fue el país, pero no puede decirse que se interesaran especialmente hasta ese momento por la revolución. Aunque algunos novelistas sociales habían conocido un cierto éxito en los años anteriores a la República, más sociales que novelistas, estos escritores revolucionarios los hubo en España a partir de 1929; antes, no.

Los manuales de literatura insisten mucho en las ideas sociales y políticas de la generación del 98, pero, salvo los episodios parlamentarios de Baroja y Azorín, no puede decirse que fuese ésa una generación con dotes para la política: Baroja no consiguió su acta parlamentaria cuando la pretendió; Azorín, más que político, fue toda su vida, como le definió con sorna Baroja, un «escritor gubernamental», con La Cierva o con Franco. A Valle-Inclán, en una pirueta prodigiosa, le llevó a la política republicana, desde el carlismo, la pobreza; de haber sido rico es bastante inimaginable que Valle-Inclán aguantase ministros y jefes de negociado. Unamuno, más politiquero que político, fue un estratega de casino, el caso contrario que Valle-Inclán: habría sido difícil hallar un ministro o un jefe de negociado que le tolerase a él; de los dos Machado, uno era demasiado dandy como para ocuparse de política, y el otro, demasiado solitario como para echarla de menos. Quizá la única excepción sea Maeztu («la primera camisa negra de España», dijo de él la segunda camisa negra de España), pero en este caso estaría por dilucidar que fue un escritor como los anteriores y no tan sólo un agitador, cuyo mito levantaron después de la guerra quienes la ganaron.

Los artículos que los noventayochistas publicaron en el fin del siglo son, es cierto, disolventes y violentos, socializantes o anarquistoides, pero la sociedad los recibía sin levantar la cabeza de su taza de soconusco, lo mismo que a sus novelas y ensayos, de corta tirada, les dispensaban acogidas indiferentes y frías.